

CAPITULO XXI.

Stónington. — Saltos del Potomac.



El mayor placer que yo esperaba que me procurase mi visita á Washington, era el ver á una antigua amiga mia, que habia dejado hacia muchos años la Inglaterra, se habia casado en América, y habiendo enviudado, estaba, segun yo creia, establecida en Washington. Pronto tuve la mortificacion de saber que no se hallaba en la ciudad; sin embargo no tardaron en informarme de que su residencia distaba solamente unas diez millas. En efecto nos vimos al momento y quedó convenido que pasaríamos un verano con ella en Marilanda; y en consecuencia, habiendo dedicado un mes á Washington, dejamos la capital para instalarnos en Stónington.

Llegamos á la residencia de mi amiga á principios de mayo, y el agasajo con que fuimos recibidos, el interes que nos inspiraba la amistad, el gusto de conocer la familia de mi amiga, la belleza extremada de los alrede-

res, la dulzura de la estacion, todo contribuyó á hacer de la temporada que permanecimos en Stónington un período de delicias y satisfaccion.

No me maravillé de que los primeros colonos de Virginia, con el atrevido capitán Smith de caballeresca memoria á la cabeza, pelearan con tanto denuedo para despojar al valiente padre de Pocohontas de su hermoso dominio, porque en verdad nunca he visto territorio que mas tiene la codicia del hombre. Stónington dista apenas dos millas del punto mas romanesco del rio Potomac, y en la ribera opuesta extiende la Virginia su salvaje, mas delicioso y fértil paraíso. El lado de Marilanda participa de las mismas ventajas de hermosura y fecundidad, y nos admiró con la profusion de sus frutas y flores silvestres.

Apenas nos acercamos á las cataratas ó grandes saltos del Potomac, proyectamos una gira con la intencion de visitarlas. El camino que va desde Stónington á los Saltos es una serie de escenas encantadoras, que no pueden llamarse con exactitud ni bosque, ni parque, ni jardín, y sin embargo son al mismo tiempo bosque, parque y jardín. « ¡ Ai! cuántas señoras inglesas quisieran tener jardines como estos! » exclamó una niña inglesa, recién llegada

de Europa, que nos acompañaba. Y á la verdad, cosa sería de desear si fuera posible. Cedros, tuliperos, plátanos, chumacos, juniperos y encinas, muchas de ellas de especies para mí desconocidas, formaban un fresco toldo que protegia nuestro camino de los rayos del sol. Se enlazaba en torno de las ramas la viña silvestre con sus anchos y ricos pámpanos, y sus flores suaves que rivalizan con la fragante clavellina. El suelo estaba literalmente alfombrado de fresas maduras, violetas, anémonas, trinitarias y claveles silvestres con otras muchas flores de mas agradables especies, cuyos nombres ignoro. Por donde quiera que nos volviésemos deslumbraban los ojos las flores estrelladas del árbol de amor (1) en todo el lleno de su gloria, las azaleas, las rosas virginales. No he visto jamas un pensil mas florido que las dos millas desde Stónington á los Saltos del Potomac. El ruido de las cataratas se percibe desde Stónington, y se va oyendo gradualmente su mayor estrépito al paso que se mengua la distancia; asi aumenta el encanto de aquel delicioso paseo la música de las cataratas. No sé porqué el rumor de las aguas sea tan grato á los oídos, cuando toda especie de ruido monótono nos cansa, y fatiga el espíritu:

(*) O árbol de Judea.

yo no he encontrado todavía á una persona que no escuchara con placer el estruendo de una cascada. Para llegar al punto, desde donde se descubren ya los saltos, teniamos que pasar un arroyo, llamado la *Branch-Creek*. Este inquieto, turbio y furioso riachuelo arastra su tortuosa y rápida corriente por entre arbustos y florida yerba, pero habia que pasarlo muchas veces por puentes de troncos echados de roca á roca. El estruendo tempestuoso de las escondidas cataratas inspira, cuando se cruzan aquellos puentes rústicos, un terror que no proviene del peligro de pasarlos: al llegar al otro lado del riachuelo, continuamos bajo la sombra de los árboles otro cuarto de milla, y salimos á un punto, cuya vista nos arrancó á todos un grito de maravilla y placer. Descubrimos el abismo de rocas donde se precipita un inmenso rio, y cuyos senos son tan profundos y negros, que los torrentes de agua que salen bramando por las grietas de la montaña y caen por entre peñas en la horrenda sima, desaparecen, se pierden en ella como si los tragara.

El rio, ó mas bien su cauce, es allí sumamente ancho y espantosamente profundo, coronando sus márgenes por todas partes masas enormes de negras rocas de todas las formas imaginables. La corriente, que pasa mugiendo

por entre ellas, solo se ve á intervalos, aquí como una sábana ancha y transparente de cristal verde, allí como las ruinas de un edificio de diamante precipitado por un terremoto á lo largo de un estrecho canal, siempre con un movimiento, con un fragor que aturde y desvanece. En una parte aparece un lago insondable de tinta, resplandeciente como un espejo, inmóvil como un sepulcro; en otra la revuelta catarata, retorciéndose con furor, se lanza contra las rocas, y cae rota en doce torrentes, envueltos en la nube de vapor que despiden y que obscurece el aire. En medio de todo este tumulto los arbustos mas tiernos, mas delicados, salen entre aquellas espantosas rocas, como niños que rien sin temor del peligro. Mientras contemplábamos aquella tremenda escena, una de las personas de nuestra sociedad nos hizo reparar en la frángula venenosa y la viña mortífera que tienden por las rocas sus graciosas pero pérfidas ramas, asegurándonos tambien que entre ellas hacian sus oscuros nidos innumerables tribus de sierpes y otros reptiles.

Llamar hermosa semejante escena seria hacer un extraño abuso de las palabras; los Saltos del Potomac son terriblemente sublimes; la negra y honda sima que abre su boca á nuestros pies, la catarata espumosa y bramadora,

el turbulento remolino y el precipicio desvanecedor, parece que amenazan la vida, y consternan los sentidos. Sin embargo, es un deleite incomparable sentarse en el pico alto y avanzado de algun peñasco, y mirar y escuchar.

Fué un placer para mí saber que la otra orilla del Potomac, perteneciente á la Virginia, fuese el sitio, á donde van los *cazadores de felicidad* de Washington, para ver aquella terrible maravilla, porque nunca he visto lugar donde menos hubiera querido ser interrumpida por el encuentro casual de algun conocido indiferente. No era posible pronunciar ni atender á la pregunta excitante: « ¿No es esto hermoso? » de que habla Rousseau; si alguno la hiciera, no se podria escuchar; y si pudiera escucharse, seria un desencantamiento que volveria el alma á la tierra, arrancándola al éxtasi á que la eleva la magia de tales escenas. Una mirada ó una presion de brazo silenciosa es el único cambio de sentimientos que permite semejante espectáculo; así, en medio del contraste de mi terror y mi placer hubiera yo querido tocar el brazo ó encontrar los ojos de algunas personas del otro lado del Atlántico.

La vuelta de esta gira es mas callada que el principio de ella; pero la hora fresca y tranquila, los dulces matices de unas flores ale-

gres, y los cerrados cálices de otras, el sordo rumor que sobrevive al día y la húmeda frescura que no permiten descanso en este regreso, todo tiene sus encantos y está en armonía con el estado de languidez y excitación del alma que produce naturalmente una excursión de esa especie. Entonces no hai deleite que pueda compararse al de pisar los umbrales del fresco pórtico que alumbran desmayadamente los rayos de la luna, beber un helado ó tomar el refrigerante café que os espera: y si á esto se añade la felicidad de un cómodo sofá, con una amiga como mi amable Mistress S., para que os consuele con una hora de Mozart, el Europeo mas descontentadizo convendrá, en que semejante dia era digno de irse á buscar al cabo del mundo.



CAPITULO XXII.

Hacendados menores. — Esclavitud.



Desde que habia atravesado las montañas, no habia tenido hasta entonces tiempo suficiente para mirar deliberadamente al rededor de mí, y observar el aspecto diferente de los hombres y las cosas de una region que, aunque tiene el mismo nombre y se considera como la misma tierra, es por muchas razones tan distinta de la que habia dejado, como Amsterdam lo es de San-Petersburgo. Allí cada uno trabaja, lucha, se afana corporalmente, y ¡ Dios sabe cómo! — aquí todos los blancos estan servidos por mas ó menos esclavos. Allí las tierras que acaban de ser demontadas, ricas con el abono vegetal que los siglos han acumulado sobre ellas, solo necesitan un leve estímulo de la parte del hombre, para recompensar su trabajo con los productos mas abundantes; donde entra el arado nacen las cosechas mas copiosas, mas donde no toca, ni la verdura de la yerba, ni los frutos de los árbo-